

CULTURA & OCIO



El actor y titiritero aragonés, con uno de sus personajes, en su estudio de la capital aragonesa. GUILLERMO MESTRE

Javier Aranda: «Un títere es un ser limitado, pero en eso reside su grandeza»

- El actor y titiritero ha convertido su espectáculo 'Vida' en una de las revelaciones de la temporada teatral en Aragón
- «Soy muy intuitivo, de imágenes y de emociones, y siempre hay un componente biográfico en todo lo que hago»

ZARAGOZA. El espectáculo teatral aragonés de esta temporada es 'Vida', de Javier Aranda. No hay en él repartos estelares, escenografías futuristas ni vestuarios deslumbrantes. Sobre las tablas, él y sus dos manos, una mesa cubierta con un paño negro, y apenas 50 euros en materiales para construir personajes que divierten y conmueven. La obra, siendo aparentemente tan sencilla como cualquier otra de títeres para adultos, concurre junto a 32 más en la última Feria de Teatro de Huesca. Y ganó el premio al Mejor Espectáculo otorgado por los profesionales del sector. Eso lo dice casi todo. Hace tan solo unas semanas recibía además el premio Revelación en la Gala del Teatro Aragonés. 'Vida' es original, desternillante, estremecedor.

La compañía, si es que puede

llamarse así porque Javier Aranda (Tarazona, 1968) se ocupa de todo, desde el diseño y construcción de los títeres a la iluminación, nació en 2015. Aranda, un actor conocido y veterano ya, necesitaba algo más.

«El proyecto en solitario me lo

planteé como un hobby. Me gustan mucho la pintura, el teatro, construir cosas con las manos... Vi que de alguna forma los títeres unificaban todas mis pasiones; y eso, unido al hecho de que la crisis económica hacía que tuviera menos trabajo, hizo que me

Ocho citas en el Teatro del Mercado en junio

ZARAGOZA. Javier Aranda asegura sentirse más titiritero que actor, aunque se siente muy satisfecho de algunas de sus interpretaciones, como las realizadas para las 'Luces de bohemia' del Temple o 'El viejo y el mar' de Arbolé y Embocadura.

Su fascinación por el mundo de la escena le vino de adolescente. Recibió clases de Balbino Lacosta y Pilar Laveaga, hasta que esta

le recomendó ingresar en la Escuela Municipal de Teatro. Su primer trabajo fue con Tántalo y luego ha colaborado con las principales compañías aragonesas y ha participado en el rodaje de documentales, 'cortos' y largometrajes. «Con mis espectáculos he sentido que 'movía' emocionalmente al público más que con cualquier otro trabajo —señala—. Los títeres son elementos sencillos que, según cómo los muevo, tienen un poder interpretativo tremendo». Con ellos no trabaja desde ideas preconcebidas. «En teatro muchas veces lo más interesante surge de la nada. Se parte de un texto, pero yo no, no trabajo la dramaturgia a partir de lo que me da el propio objeto». Quizá por eso sus obras llegan al corazón del público.

plantea realizar algo más personal, más íntimo. Vivimos una época en la que el teatro está muy mediatizado por la política, las modas y las subvenciones. Y pensé hacer algo muy humano. Acabé descubriendo el placer de trabajar solo y hacer lo que uno quiere».

Así nació su primera obra, 'Parias', cuatro historias en cada una de las cuales él, como actor, tiene un objetivo distinto. Porque, a diferencia de otros espectáculos de títeres, él no se oculta, sino que es un elemento más del reparto y de la dramaturgia.

«Mi propuesta pone siempre al actor en el centro escénico —señala—, y yo participo más de lo que parece en la interpretación. Muchas veces, en los espectáculos de títeres, quienes los manipulan se tapan el rostro o intentan camuflarse de algún modo en escena. Siempre me he preguntado por qué lo hacen, si es evidente para el público que están ahí.

Yo no me escondo, mi trabajo mezcla la interpretación actuarial y la manipulación».

Y empezó a representar 'Parias' en salas como El Extintor, Teatro Bicho o Gromeló, algunos de los secretos mejor guardados de Zaragoza, espacios nacidos para apostar pero que encuentra siempre «lentos de vida». Allí se fraguó la 'compañía' Javier Aranda. Y, tras 'Parias', llegó 'Vida'.

«El primer espectáculo lo diseñé en una etapa difícil de mi vida —relata—. El segundo lo he construido desde el recuerdo de mi madre, de ver cómo envejecemos... Siempre hay una parte autobiográfica en lo que hago. En cierto modo soy recurrente, porque solo sé hablar de dos o tres temas: la vida, la muerte, el teatro... Un creador es un observador de lo que le rodea, y yo soy muy intuitivo, de imágenes y emociones. Construyo los personajes muy poco a poco y a mi manera. Mi método de trabajo es muy especial. Parto de un elemento físico, que puede ser una tela, un fular o una camiseta vieja. Luego hago una cabeza y voy metiéndole voces. Cuando consigo que ese personaje tenga vida, hay un montón de horas de trabajo detrás. Intento que mis personajes vivan el presente. Nacen cuando mis manos los cogen, se reconocen a sí mismos y viven en sí mismos».

Trabaja mucho la 'interpretación' del títere y nunca termina de perfilarla. «Un títere es un ser limitado, pero en esa limitación reside su grandeza. Retoco continuamente mis obras, incorporando cosas que creo que funcionan, o quitando elementos que en algún momento veo innecesarios. Porque, sí, aunque resulte un poco tópico, lo cierto es que muchas veces, en teatro, menos es más, porque todos tendemos a utilizar más elementos de los necesarios. En esta última obra hay un momento en el que un títere vuela en escena. Estuve más de un mes haciendo pruebas para conseguir el efecto que buscaba, con varillas, con otros elementos... Al final lo llevo simplemente con la mano, de la forma más sencilla, porque es lo mejor. Creo en el trabajo: las grandes ideas siempre te tienen que pillar trabajando».

MARIANO GARCÍA

En su agenda, aunque la priori-

M. G.